

lentos terremotos; cuarteáronse torres y mezquitas, y cayó con grande estrépito hasta un lienzo de los muros de la Alhambra. Añadióse el terror á la aflicción y al desconsuelo, cundieron de boca en boca funestas profecías, y se empezó á temer la caída de todo el reino.

¡Sobrevino después de todo una guerra civil! ¡Ah! está ya roto en Granada el freno de la ambición, débil y embrutecido el pueblo: ¡cuán poco ha de sobrevivir el trono al buen Yusuf III! — Irritado Ebn-el-Ahmar al ver la imprevista retirada de D. Juan, y al considerar cuán inútilmente ha ido á derramar por él su sangre, prorrumpe á cada paso en amargas quejas que no pueden menos de llegar á oídos del príncipe cristiano. Recuerda á D. Juan las promesas que le hizo al abrirse la campaña; y después de haberse sujetado á las más duras condiciones, entra de nuevo en su patria apoyado por los fronteros de Castilla. Logra al pronto interesar en su favor á los alcaides de Cambil, Alicún, Montefrío, Illora, Ronda, Archidona, Setenil, y otros pueblos de Córdoba y Sevilla; vuela á Loja, donde se ha sublevado el pueblo y retirado el alcaide á la alcazaba; acometido por un escuadrón de abencerrajes, se arroja con furor sobre ellos y logra dar muerte al caudillo; se dirige á la capital, asoma por las cumbres de Sierra Elvira, y amenaza y llena de espanto la corte de Granada. No tiene amigos en la ciudad; pero la ve triste, abatida, desmayada, y hace que los mismos ciudadanos obliguen á Mohamed á huir de la Alhambra y le abran las puertas que habían de conducirle al trono. Mientras Mohamed sale en dirección á Málaga con toda su familia, con los hijos del Zaguer y con todas las joyas y el oro de su alcázar, entra él en la ciudad con sólo seiscientos caballeros, llega á la Alhambra en medio del mayor silencio, y consigue al fin ceñir su frente con la corona que tanto ha codiciado.

Es ya rey Yusuf, ¿pero qué rey? Un rey feudatario de Castilla que ha de entregar todos los años á D. Juan veinte mil doblas de oro, que ha de seguir los pendones cristianos con mil

quinientos caballeros, que ha de asistir á las cortes que se celebren aquende de Toledo, que ha de poner en libertad á todos los cautivos, que ha de ser toda su vida un servidor de otro rey, un mal vasallo. ¿Qué simpatías puede tener en su pueblo? Acaban de recibirle en la corte oprimido el corazón, muda la boca: los empleados y los nobles son los únicos que suben á felicitarle, y aun no por afecto; el rey de Túnez habla contra él á D. Juan; Mohamed despierta entusiasmo en Málaga; y él fuera del recinto de su alcázar apenas ve más que la indiferencia ó el desprecio. Si queda aún en su corazón algún resto de dignidad, ¿qué puede hacer más que abdicar ó dejarse morir de vergüenza y de melancolía? Muere á los seis meses y deja otra vez abierto el camino del trono al príncipe legítimo.

Fué aclamado Mohamed por tercera vez rey de Granada á fines del año 1432. No cometió los desaciertos que la primera, ni se ensañó como la segunda contra su rival, cuyos hijos respetó hasta el punto de dejarles sus títulos y haciendas y enlazarlos con hijas de su mismo linaje; pero ni aun así pudo asegurar su corona contra los embates de la ambición ni contra los rudos ataques de revoluciones fraguadas bajo su mismo trono á la sombra del misterio. Todo pareció sonreírle en un principio. Con la ayuda de su wizir Abdhelvar, uno de los más prudentes caballeros de la tribu abencerraje, fué extinguiendo los odios, reparó aunque lentamente los males de la guerra, arrancó al rey de Castilla treguas por dos años, é hizo bendecir su restauración hasta por los mismos que habían contribuído á destronarle. Aún después de estallar la guerra fué sino querido, cuando menos respetado por el ardor con que sostuvo tantas luchas, por la constancia con que en medio de funestísimos azares supo vender caras al enemigo las victorias. No fué tan desgraciado como en otras guerras. Perdió después de sangrientos rebatos á Huescar, primera conquista de aquel D. Rodrigo Manrique que fué más tarde conde de Paredes y maestre de Santiago; perdió á Galera y Castilleja después de talados á

hierro los vecinos campos; perdió tras cuatro días de pelea á Huelma, combatida por el famoso marqués de Santillana; perdió las fortalezas de Vélez Blanco y Vélez Rubio, que se dieron á partido cansados de talas y saqueos; perdió el castillo de Solera, que cayó en poder de D. Fernando de Quesada, comendador de Bedmar; pero supo tomar cumplida venganza de estas derrotas en Illora, donde murió el adelantado de Andalucía tras pasada la boca de un flechazo que le disparó el alcaide; en las laderas de Archidona, donde rodaron á lo más profundo de un abismo arrastrados por rocas despeñadas de las vecinas cumbres más de mil quinientos soldados, muchos valerosos capitanes de Écija y gran número de caballeros y comendadores de la orden de Calatrava; en los campos de Guadix, donde sólo pudieron ser vencidos los muzlimes después de haber hecho sentir el peso de sus armas á millares de cristianos; en Gibraltar, donde pereció ahogado el conde de Niebla al querer escapar de mano de sus vencedores; en los alrededores de Castril, en que cayó el adelantado de Cazorla y casi todos los suyos bajo los terribles golpes del hijo de Aben-Zeragh y sus abencerrajes. Logró indudablemente dejar bien sentado el honor del reino de Granada, si no por sus esfuerzos, por los de sus caudillos.

No salió nunca de la corte, no salió hasta que otro usurpador, su sobrino Aben-Osmín, vino á arrojarle otra vez de la Alhambra, que era para él su corte, su reino, su único campo de batalla. Aben-Osmín era tan ambicioso como intrépido; y al saber que irritado su primo Ysmail por una injusticia del monarca se acababa de retirar á Castilla con la flor de sus abencerrajes, partió secretamente á Granada, derramó oro á manos llenas, explotó en su favor el odio de todo el pueblo, se apoderó en un momento de la ciudad y de la Alhambra, puso preso á Mohamed, y fué proclamado rey por todas las tribus enemigas de la familia del príncipe vencido. Apenas hubo subido al trono vió rebelada contra sí una hueste abencerraje que partió secretamente á Montefrío; pero la despreció, levantó el mayor ejército posi-

ble, salió contra cristianos, pasó á fuego y sangre Benamaurel y Aben-Zulema, y regresó á Granada, lleno de gloria, de armas, de cautivos. En una segunda campaña se apoderó de Huéscar, de los Vélez, de Castilleja, de Galera, de casi todas las plazas que habían conquistado después de tremendos combates los más ilustres castellanos; y no hubo en breve fortaleza, ejército ni caudillo que bastasen á detener sus asoladoras incursiones. Pasó junto á los fronteros de Lorca, Fajardo y Ribera, y no los vió salir de sus castillos: pasó por Hellín y Jumilla, donde residía á la sazón Álvaro Téllez, luchó con él y pasó á todos sus enemigos por el hierro de la lanza. No estuvo tan feliz con el conde de Arcos, que le atacó y deshizo en Mataparda; pero deseoso de vengarse en Murcia, no tardó en mandar á esta frontera lo mejor de los soldados de Granada al mando del valiente Abdhelvar, hijo del wízir de Mohamed, gallardo y arrogante mozo, de quien el amor de una mora de otra tribu hizo un león en justas y torneos y un abencerraje indiferente por la causa de los que se habían retirado con su padre á Montefrío. Hizo temblar por de pronto á Lorca y Cartagena; pero hubo de temblar á su vez al recibir sólo cien soldados de tan numerosa hueste. Los demás perecieron casi todos en la batalla de los Alporchones, una de las más reñidas que llegaron á trabarse entre moros y cristianos.

Ciego de cólera Aben-Osmín, conocido con el nombre de Mohamed IX, mandó matar al desgraciado Abdhelvar que había logrado escapar de la pelea (1): se hizo tiránico, cruel, y se entregó en brazos de la maldad y el crimen. Depuso á sus más leales servidores para emplear arrayaces, instrumentos de sus odios; condenó á muerte á cuantos sospechó que pudieran serle

(1) Al ver Aben-Osmín á Abdhelvar, le reconvinó, según Conde, con la mayor amargura, y le dijo al fin con tono airado: «Ya que no has sabido morir en la batalla como valiente, morirás en la cárcel como cobarde.» Apoderáronse luego del desgraciado caudillo unos verdugos, le llevaron á una mazmorra, y le decapitaron inhumanamente (CONDE, tomo 3.º *Dom. de los Arab.*)

enemigos. Turbó á cada momento la paz de las familias llamando á su harem á las más hermosas doncellas, obligando á los padres á casar las hijas con sus favoritos y privados, rompiendo con intención las más honestas relaciones entre ilustres mancebos y señoras de alta cuna. Llevó su despotismo hasta el extremo, y concitó tan de repente el furor de todo el pueblo, que no bastaba á poco Montefrío para contener á los nobles y plebeyos que salían con armas de Granada.

Fijáronse todos en Aben-Ysmail, que al verse apoyado en Montefrío de una parte por D. Juan y de otra por los mismos granadinos, acudió como un rayo al llamamiento. Bajó Ysmail á la Vega, metió por las puertas de la ciudad á los que se atrevieron á salirle al paso, é infundió tan súbita alarma en el ánimo de Osmín, que desalentado éste, no supo recurrir más que al terror, al asesinato, á la perfidia. Fueron llamados bajo pena de muerte á las armas todos lo que fuesen capaces de empuñarlas; fueron asesinados villanamente en la Alhambra los principales caballeros de Granada, reunidos por orden del rey para la abdicación que fingía querer hacer de su corona; fueron cometidos los más horrendos crímenes; pero triunfó al fin Ysmail sobre el tirano Osmín, que escapó de la muerte saliendo por una puerta falsa, subiendo por las colinas del Cerro del Sol, é internándose por los amenos valles que fecunda el Darro.

Mohamed X, Aben-Ysmail, sobrino de Mohamed el Zurdo, era de mejor alma. Lejos de pretender como su primo Aben-Osmín hacer olvidar al pueblo el despotismo con que se le oprimía teniéndole ocupado en incesantes guerras, no abrigaba otro deseo que el de llamar á la agricultura los brazos, destinados antes á las armas, ni se llevaba otra mira que la de cautivar el amor del pueblo procurándole los beneficios de una administración bien entendida. Pidió desde el momento treguas á Juan II; y al ver talada la Vega y assolada Estepona por Enrique IV en venganza de la pérdida de Garcilaso, que murió herido por la flecha envenenada de un abencerraje, no vaciló en humillarse

al nuevo rey y adquirir la paz á costa de las más duras condiciones. Sujetóse á pagar anualmente doce mil doblas de oro, á poner en libertad seiscientos cautivos, á dar en rehenes otros tantos moros cuando no tuviese en sus mazmorras soldados de Castilla.

Creía escaso todo sacrificio para conseguir la paz; pero tuvo la desgracia de vivir casi siempre en guerra. Era el término de Jaén, en virtud de la misma tregua, paso franco á las tropas invasoras de uno y otro Estados; y puesto en la alternativa de atacar ó ser atacado, no quiso contrariar los instintos belicosos de su hijo Muley-Hacén, que ardiendo en deseos de manifestar su valor, salió al frente de dos mil caballos, se adelantó hasta Baeza, luchó mano á mano con el conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, y los trajo cautivos á Granada después de haber puesto en fuga las huestes que llevaban y dejar tendidos en el campo los bravos escuderos que los defendían (1). Pagó cara

(1) Sobre la batalla y prisión de ese obispo D. Gonzalo de Zúñiga creemos oportuno transcribir el romance siguiente;

Ya repican en Andújar
Y en la Guardia dan rebato:
Día es de S. Anton,
Ese santo señalado.
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos hijos-dalgo;
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos.
Mozos deseosos de honra
Y los mas enamorados,
En brazos de sus amigas
Van todos juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
Es pendon rabo de Gallo.
Por capitan se lo llevan
A ese obispo D. Gonzalo,
Armado de todas armas
En un caballo alazano.
Todos se visten de verde,
El obispo azul y blanco.
Al castillo de la Guardia

El obispo habia llegado;
Sáleselo á recibir
Megía el tan noble hidalgo:
Por Dios te ruego, el obispo,
Que no pasedes el Vado,
Porque los moros son muchos,
A la Guardia avian llegado.
Muerto me han tres cavalleros,
De que mucho me ha pesado:
El uno era tio mio,
El otro era primo hermano,
El otro es un pagecico,
De los míos mas preciados.
Demos la vuelta, señores,
Demos la vuelta á enterrarlos;
Haremos á Dios servicio,
Honraremos los cristianos.
Ellos estando en aquesto,
Llegaba D. Diego de Haro:
Adelante, cavalleros,
Que me llevan el ganado:
Si de algun villano fuera,
Ya lo huvierades cobrado;

la acción, porque perdió en aquel mismo año al famoso alcaide Aliatar en manos de Fernando de Narváez; vió al siguiente derrotado á su hijo Muley en la batalla del Madroño; perdió á Gibraltar, perdió á Archidona, reina de las fortalezas musulmanes, guarida del formidable Ibrahim, de ese león que al verse vencido se arrojó á caballo en lo más profundo de un tajo abierto al pié del cerro. Mas ¿habría logrado evitar de otra manera tan frecuentes invasiones cuando á pesar del mismo rey de Castilla se lanzaban adelantados y fronteros á las más difíciles empresas y rivalizaban entre sí sobre quién podría contar hechos más temerarios y sangrientos? ¿Quién podía contener ya los briosos ímpetus de un Pedro Girón, ese terrible vencedor de Archidona, que se atrevía á pretender el mismo trono de Castilla? ¿ni el arrollador empuje de D. Juan Alonso de Guzmán, ese intrépido duque de Medina Sidonia, que se hizo dueño de Gibraltar, donde tantos y tan bravos caballeros sucumbieron? ¿ni el indómito valor de D. Rodrigo Ponce de León, que en la batalla del Madroño se atrevió á combatir solo, á pié y sin lanza ni escudo contra un puñado de moros que cargaron sobre él con todo el furor de hombres á quienes desespera el vencimiento?

Empero alguno está aquí
Que le place de mi daño.
No cabe decir quién es,
Que es el del roquete blanco.
El obispo que lo oiera
Da de espuelas al caballo.
El cavallo era ligero,
Saltado avia un vallado.
Mas al subir de una cuesta,
A la asomada de un llano,
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas
Que relucen en el campo.

Metidose avia por ellos
Como leon denodado.
De tres batallas de moros
La una ha desbaratado
Mediante la buena ayuda
Que en los suios ha hallado.
Y aunque algunos de ellos mueren
Eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
Al obispo avian cercado.
Cansado de pelear,
Lo derriban del cavallo,
Y los moros victoriosos
A su rey lo han presentado.

Son muchos los romances que hacen referencia á este obispo: sus prendas militares le hicieron uno de los personajes más populares de su época. Murió en Granada y fué luégo trasladado á la catedral de Baeza.

¡Ay! esa generación de héroes es ya un torrente que no pueden contener ni los mismos reyes cristianos.

Pudo, sin embargo, Ysmail volver aún á restablecer la paz. Sabedor de que Enrique IV se proponía entrar de nuevo en la Vega, le pidió una entrevista, le recibió á las puertas mismas de Granada, y recabó de él no sólo una tregua, sino también una alianza. Enrique, contrariado sin cesar por grandes facciones, era débil; y pudo fácilmente persuadirle Ysmail de cuánto convenía la paz á entrambos. No trabajó desde entonces poco por el deseo de conservarla.

Dedicóse por entero Ysmail á mejorar la situación del Reino; y á los pocos años Granada parecía haber recobrado toda la hermosura y grandeza de otro tiempo. Volvió á estar cultivada la Vega, y llegaron á cubrir las mieses hasta las yermas faldas del Cerro del Sol por donde hizo pasar ese buen rey el Darro. La industria puso otra vez en movimiento sus talleres y surtió á España de brocados tejidos de oro y seda, telas de lino y cáñamo, armas y otras mil manufacturas. Cruzaron la costa del Mediterráneo buques de todas las naciones, reanimóse el tráfico entre moros y cristianos, y fué pronto Granada uno de los mayores focos de la civilización de España. ¡Lástima que mientras más próspero estaba el reino viniese á sumirlo de nuevo en el caos de la guerra la muerte de Aben Ysmail!

Murió Ysmail en Almería el año 1465: ¡ay! ¡y murió con él la paz y empezó con su hijo esa bárbara y desgarradora agonía que suelen sufrir los imperios antes de bajar al sepulcro! No he de pintarla aún: después de tantos horrores como llevo descritos, siento embotadas la fantasía, la pluma, el corazón. Una ojeada rápida á los lugares que fueron teatro de los sucesos referidos puede servirnos de descanso: recorrámoslos: podrán estar faltos de monumentos, no de recuerdos.